

XVII

CUANDO al día siguiente me presenté en casa de mi protector, para informarme de la salud de su hija, hallé en el umbral á Mr. Pavelyn que iba á salir.

Me dijo, que segun habia previsto, la indisposicion de Rosa, no habia sido casi nada; parecia un poco triste y fatigada: pero no estaba realmente enferma, de lo cual me convenceria al verla sentada delante del piano.

Dichas estas palabras, salió.

Abrí una puerta, y me hallé en un salon inmediato á la sala, donde estaban habitualmente Rosa y sus padres: los sonidos del piano, llegaron á mi oido y me detuve á escuchar, herido de una impresion profunda.

Rosa ejecutaba la melodía del duo, que tantas veces habiamos cantado juntos, era una melodía viva y alegre, que reanimaba el espíritu, y alejaba la melancolía; en aquel momento, por el contrario, se parecia á la queja de una alma desolada: el compás era lento y triste, las notas ejecutadas sin fuerza cantaban melancólicamente, como si la mano de un artista, sumerjido en una tristeza profunda, hubiera recorrido lentamente el teclado.

Esta música extraña me hizo temblar, qué pena desco-

noeida habia en el corazon de Rosa, para que un canto alegre, se trasformase bajo sus dedos en una queja tan triste?

Entré al fin; Rosa estaba sola.

Mi aparicion le causó una emocion visible; y su frente se cubrió de un vivo rubor, al que sucedió una palidez extrema.

Al verme habia sentido miedo, habia, pues, un secreto entre ella y yo: probablemente habia yo sorprendido en aquella triste melodía una emocion que ella queria tener oculta.

Dominando con pena mis impresiones, le hablé de su indisposicion de la víspera, y le expresé mi alegría de encontrarla restablecida: me pareció muy turbada, y solo me respondió algunas palabras confusas; pero de repente se levantó, y rogándome que la excusara, pues tenia que hablar á su camarera, tiró del cordon de la campanilla.

No pude oir la orden que dió en voz muy baja: pero un instante despues, Mme. Pavelyn entró en el salon, y despues de saludarme con la cabeza preguntó con una inquietud visible.

—¿Me has hecho llamar, hija mia? te sientes mal?

—No, mamá, respondió la jóven; solo siento un violento dolor de cabeza. . . . y me parece que estando contigo, se me pasa. . . .

—Retírate á tu cuarto, dijo Mme. Pavelyn, el reposo te aliviará.

—No, no mamá, no es nada grave, dijo Rosa: pero yo te lo ruego, quédate aquí!

Mme. Pavelyn, mitad triste, mitad sonriente, tomó una silla, se sentó, y empezó á hablar de la indisposicion de su hija, acariciándola y consolándola; dijo que aquel mal estar, era debido á su organismo nervioso y en extremo delicado, y que no podia ser considerado como cosa que atacase gravemente á su salud; despues, la conversacion reca-

yó sobre la fiesta de la noche precedente: Rosa, en presencia de su madre había recobrado alguna seguridad, alguna libertad de espíritu; no obstante, en lo que habló había un asunto que yo no conocía aun en su voz: mostró una indiferencia casi completa, cuando su madre la habló de mi estatua, y en cuanto se presentó la ocasion, me demostró una cortesía tan ceremoniosa, que fácilmente pude comprender se hallaba muy ofendida: la amargura extraña de su voz, cada vez que me llamaba *monsieur Wolvenaer* podia hacerme creer que trataba de humillarme ó de herirme.

En cuanto á mí, sufría cruelmente: sin duda hubiera llorado, si un profundo despecho, si una amargura secreta, no me lo hubiera impedido: el respeto y la conciencia de mi verdadera posicion, respeto de mis bienhechores, me hicieron soportar esta dolorosa prueba, sin dar ninguna señal de descontento ó de dolor.

Busqué un pretexto para irme, y abrevié la visita todo lo que el bien parecer lo permitió.

En el momento en que tomaba mi sombrero para salir, Rosa me saludó inclinándose profundamente, y en tanto que las palabras ceremoniosas *monsieur Wolvenaer*, salian de sus lábios, me lanzó una mirada penetrante, tan llena de reproches, que se hubiera dicho me juraba un odio eterno.

Una vez en la calle, eché á andar con la cabeza baja, sin saber lo que pasaba al derredor mio, enteramente aturdido por los pensamientos que llenaban mi cabeza.

Largo tiempo hacia que me hallaba solo en mi cuarto, y las tinieblas reinaban dentro y fuera de mí: quizá rehusaba yo ver la claridad, que parecida á la luz fugitiva del relámpago, alumbraba algunas veces mis ideas; en efecto: un abismo de desgracias, estaba abierto ante mis piés, y tenia miedo del resplandor que podia hacerme sondear su profundidad.

Ante mis ojos estaba la imágen del jóven que no se ha-

bia separado de Rosa, en tanto duró la fiesta de la noche anterior.

Yo leía en su rostro el deseo de agradar, y en los ojos y en la sonrisa de Rosa, la llama y la dulzura que decian con cuanta felicidad recibia ella sus homenajes.

Rosa amaba!

Sus cambios inexplicables, su melancolía, su sensibilidad nerviosa, no tenian otra causa que la turbacion de su corazon, que se habia abierto á una pasion profunda; y luchaba en vano contra las ilusiones del primer amor.

Era, pues, cierto! un hombre habia llamado al corazon de Rosa, y éste se habia abierto para él, hasta el punto de no poder dar cabida ni aun al dulce sentimiento de la amistad!

¡El amor de otro hombre se habia elevado como una barrera insuperable, entre ella y su desgraciado protegido! y aunque los recuerdos de nuestro pasado, pareciesen darme algun derecho á participar de su afecto con el nuevo elegido de su corazon, ella me lo rehusaba para dar su alma entera al que preferia! si ella me odiaría! debia odiarme, me odiaba ya! ¿no me habian lanzado sus ojos un sangriento reproche, como una declaracion de enemistad eterna?

¡Qué llena de viscisitudes está la vida del hombre, y qué dominada por la cruel fatalidad!

Aquella noche, en la cual yo habia expuesto mi primera obra de arte: aquella noche, en la cual habia recibido en presencia de Rosa los elogios mas lisonjeros: aquella noche de la cual debia nacer para mí, mi reputacion futura: aquella noche iba á ser la causa de la desgracia de toda mi vida! iba á arrebatarme mi valor y mi fé, haciendo pesar sobre mí la aversion de Rosa como una maldicion, á sofocar todos mis recuerdos y á separar violentamente mi pasado de mi porvenir!

Con estas reflexiones creia engañarme á mí mismo,

acercá de la verdadera naturaleza de mis sentimientos y de mi emocion extraordinaria.

Yo me creia solo, triste y desalentado: mis ojos permanecian secos.

Sobre mi frente sentia el frio de una palidez mortal: mis dientes se hallaban convulsivamente apretados, y algunas veces, sin saberlo, apretaba los puños por una contraccion tan nerviosa que hacia crugir las falanges de mis dedos.

Si yo hubiera podido alejar de mí durante mas largo tiempo la claridad que descendia poco á poco á mi espíritu, y que acabó por disipar todas las nieblas de mi pensamiento! pero nó! mi corazon, como un juez implacable, me arrancaba la venda y me obligaba á mirar al fondo de mi propio corazon. . . .

Un grito de horror y de desesperacion salió de mi pecho: sepulté el rostro entre las manos y un torrente de lágrimas abrasadoras corrió al través de mis dedos; ya no habia ilusion ni duda posibles!

Yo amaba á la hija de mis bienhechores. . . .! La amaba desde hacia ya largo tiempo con toda la fuerza y todo el ardor de un amor sin límites: este amor, nacido en mi infancia, habia vivido y crecido conmigo; él habia sido la causa de mi aficion á las artes, de mi ambicion, de mi fé en el porvenir; ¡oh, mi pobre madre! ella habia previsto que su hijo seria culpable y desgraciado por su insensato orgullo! ¡qué ingratitud! el hijo de unos míseros aldeanos sale de la miseria por la generosidad de una familia; le dá esta familia los medios de desenvolver su inteligencia y de distinguirse en el mundo de las artes. . . . y él. . . . por recompensa de tan inmensa bondad, ultraja á sus bienhechores y se atreve á levantar los ojos hasta su hija única!

Estos pensamientos me hicieron temblar y me arrancaron abundantes lágrimas: despues levanté al cielo los ojos

y el corazon y rogué a Dios que me perdonase mi culpable pasion y me diese fuerzas para vencer mi debilidad.

¿Cuál era mi deber?

¿Qué debia hacer?

¿Ir á terminar mi vida, que apenas empezaba, en una ciudad lejana, en un país extranjero?

¿Y cómo explicar esta desaparicion á mis padres y á Mr. Pavelyn?

¿Era preciso hacerme culpable á los ojos de mis bienhechores, de una cobarde ingratitud y llevar conmigo el peso de su cólera? además, el concurso de la Academia iba á empezar muy pronto, Mr. Pavelyn, mis padres, hasta mis condiscípulos esperaban que yo obtuviese el primer premio; esta victoria debia decidir de mi porvenir y separar muchos obstáculos de mi camino.

No me era posible renunciar á la posibilidad de obtener el premio de honor de la Academia, porque si era presa de un sentimiento que me dominaba por completo y me hacia sufrir cruelmente, el amor al arte y el deseo de distinguirme en el mundo por él, eran no obstante bastante poderosos en mí para que no se pudiesen sofocar por el temor de una desgracia inminente.

Trás de largo tiempo de crueles reflexiones conseguí al fin mirar mi posición con mas calma.

Yo amaba á Rosa: sentia que este amor duraria tanto como las palpitations de mi corazon; mas podia tenerlo oculto en lo mas profundo de mi pecho, como un secreto del cual ningun signo, ninguna palabra dejase sospechar su existencia: de este modo no habria ni ingratitud ni injuria en mi amor á Rosa, pues que nadie en el mundo, excepto yo, sabia que este sentimiento habia tomado posesion de mi alma.

Temblé no obstante ante la idea de que en presencia de Mlle. Pavelyn no podria dominarme y de que acaso podrian venderme los movimientos de mi corazon; pero

entonces me repetí que Rosa me aborrecia, y casi me alegré al pensar que esta disposicion hostil me daria la fuerza de conservar mi secreto con un cuidado piadoso; me retiraria trás un respeto inquebrantable, seria reservado, prudente y evitaria todas las ocasiones de despuntar la mas ligera sospecha en el espíritu de Rosa y de todos los demás.

Si podia cumplir fielmente esta resolucion, no habia gran peligro en el sentimiento que se habia revelado en mí: y quizá hallaria yo en la energía de mi voluntad la fuerza necesaria para triunfar de mi loco amor.

Durante algunos instantes sonré á estas ideas consoladoras; más insensiblemente me sumergí de nuevo en un profundo dolor: el velo mágico que desde mi infancia habia envuelto mi vida, se habia roto en girones. . . . ¡Rosa me odiaba!

XVIII

DOCE dias se pasaron antes de que me atreviese á presentarme en casa de Mr. Pavelyn: en ese intervalo, maese Juan me habia dicho varias veces que Rosa se hallaba ya del todo buena.

No podia, pues, retardar mas largo tiempo una visita, sin exponerme al peligro de explicar mi ausencia, puesto que el domingo en que debia comer con mis protectores habia llegado.

Con premeditacion, me presenté en casa de Mr. Pavelyn á la hora en que era costumbre sentarse á la mesa.

Encontré por lo mismo á toda la familia reunida: Rosa estaba muy melancólica: sin embargo, no noté en ella otros signos de acritud, que una extrema frialdad, y cierta afectacion de no dirigirme la palabra: evitaba ostensiblemente el hablar conmigo, y tenia de continuo los ojos bajos, ó fijos en su madre: aparte de esto, no parecia sentir la menor turbacion, y hablaba con entera libertad de espíritu: ni una sola vez pronunció mi nombre: pero la fórmula ceremoniosa de "Monsieur Wolvenaer," no sonó en mi oido con la misma amargura que otras veces.

Imposible me fué, el sostener una conversacion animada, ni alegrar á Rosa por medio de frases agradables y joviales: hice todos los esfuerzos posibles para parecer ale-

gre; pero mis pensamientos me llevaban muy léjos y volvia á caer en una invencible melancolía.

Mr. Pavelyn se quejaba de los dos: por lo que tocaba á Rosa, podia excusarla, pues no estaba buena, segun lo indicaba su visible palidez: pero yo que no tenia ninguna razon de estar triste, hacia muy mal, segun él, en aumentar con mi silencio la tristeza de su hija en lugar de distraerla con una conversacion animada.

Al terminar la comida, Mr. Pavelyn, me dijo que deseaba oirme cantar con Rosa; pero esta rehusó ponerse al piano: hubiérase dicho que temia á la música, porque cuando por complacer á su padre y bieu á pesar mio me disponia á cantar, ella declaró que se sentia incapaz de soportar el eco de mi voz, y el ruido del piano: añadió que tenia un terrible dolor de cabeza y los nervios en una agitacion extrema.

Despues de procurar durante largo rato alegrar á su hija, Mr. Pavelyn vió que sus esfuerzos eran infructuosos: con una impaciencia mal disimulada llamó á un criado, le mandó traer la mesa de juego y me rogó que jugase con él una partida de ajedrez, como teniamos costumbre de hacer todos los domingos, aunque á una hora mucho mas avanzada de la velada.

Apenas habiamos empezado á jugar cuando Mme. Pavelyn nos anunció que Rosa deseaba tomar el aire libre, y que iban á pasearse un poco: al volver subirian en casa del banquero de la calle del Emperador para ver si Rosa se distraia un rato con su amiga Emilia; era pues posible que se detuviese mas de lo que pensaban, y rogaban á Mr. Pavelyn que en ese caso, las enviase á buscar con el carruaje.

Sentado yo delante del tablero del ajedrez calculaba en la apariencia la marcha del juego, pero en realidad pensaba solo en la partida de Rosa: iba á la calle del Emperador, á la casa misma donde vivia el hombre que me ha-

bia arrebatado su afecto! iba á pasar dos ó tres horas al lado de Conrado de Somerghem! La idea de que su salida de casa, no tenia otro objeto que humillarme me hirió profundamente: iba á pasearse con un tiempo frio y desagradable, por no permanecer donde yo estaba! habia concebido tanta aversion hácia mí que no le era dado soportar mi presencia! no podia manifestar con mas claridad su odio!

Distraido por tan dolorosos pensamientos jugaba como un niño ignorante: desde luego Mr. Pavelyn se rió de mi distraccion: mas despues de algunas torpezas se impacientó y me reconvinó por mi falta de atencion, con una severidad que me recordó el sentimiento de mi deber, haciendo desde entonces un esfuerzo sobrehumano para concentrar toda mi atencion en el juego: por dicha gané la primera partida, perdiendo despues la segunda y la tercera.

Pronto dejamos de jugar: la humedad de las tardes de invierno traia la noche muy temprano y la oscuridad empezaba á invadir el salon.

Mr. Pavelyn aproximó su sillón al fuego y empezó á hablar conmigo de diferentes cosas, entre ellas del concurso de la Academia, amonestándome para que hiciese todos los esfuerzos necesarios para conseguir la medalla de oro: segun su opinion, el premio de honor me correspondia de derecho: no obstante, pensaba que no debia tener en el éxito una confianza demasiado ciega: rogóme, pues, que no olvidase nada para salir victorioso de la lucha y me pidió le procurase esta satisfaccion, como una muestra de reconocimiento y como una recompensa de todo lo que habia hecho por mí desde mi infancia.

Enternecióme profundamente el benévolo interés que mi bienhechor me manifestaba, y le ofrecí traerle la palma del vencimiento, aunque para conquistarla hubiera de vencer imposibles.

Hablamos despues de Rosa: Mr. Pavelyn se quejó de

la inexplicable melancolía que asombraba su espíritu y que empezaba ya á minar su salud; muchas veces, durante los últimos ocho dias, la habia sorprendido su madre en la soledad de su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas: hallábase siempre de mal humor y siendo antes dulce y tranquila, se habia vuelto desagradable para todo el mundo: habian insistido en saber si deseaba alguna cosa; pero contestaba que no tenia ningun deseo y que creia que una indisposicion nerviosa era la sola causa de su malestar y de su obstinada melancolía.

El pobre padre estaba lleno de temores, pues recordaba que Rosa en su infancia era de una salud muy delicada, y sabia que ni aun al presente podia perder fuerzas. Añadió que así que le fuera posible dejar sus negocios, pensaba ir á Bruselas á consultar un médico célebre acerca del estado de Rosa; pero que no queria decirle nada, ni llamar á los médicos de la casa, para no asustar á la madre y á la hija.

Cuando la conversacion cesó acerca de este objeto, solicité de mi protector el permiso de retirarme. El por su parte me habia dicho que pensaba ir á buscar á su esposa y á su hija, si estas no volvian pronto. Estrechóme la mano y á modo de saludo me dirigió aun al despedirme algunas palabras de esperanza, á fin de sostener mi valor para ganar el primer premio de la Academia.

XIX

DESDE entonces la manera de ser de Rosa hácia mí no cambió en nada: prosiguió manifestando la misma frialdad y aprovechando todas las ocasiones de alejarse de mí cuando me hallaba en casa de sus padres. Sin embargo, jamás olvidaba las reglas de la buena educacion y parecia adquirir poco á poco la fuerza necesaria para ocultar el sentimiento de odio que sentia hácia mí. Cuando tenia que dirigirme la palabra lo hacia con una amabilidad particular; pero aquello era solamente lo que ordenaba la mas estricta política: no podia equivocarme acerca del sentimiento desagradable que habia concebido hácia mí.

Estaba habitualmente muy pálida y enflaquecia de una manera visible: sus padres, que la veian á todas horas, no notaban que las mejillas de Rosa empezaban á perder su redondez; pero yo, que solo la veia cada quince dias, observaba fácilmente los progresos del amor que habia nacido en su corazon el dia fatal del baile y que habia amenazado tambien mi vida y mi porvenir.

—No, me decia yo; la suerte no es justa ni es verdad que existe una compensacion para todas las contrariedades en la existencia humana; ¡qué dichoso y qué grande debe contemplarse aquel cuya imágen reina en Rosa! ¡Qué dichoso debe contemplarse el hombre escogido por ella,